

¿HACIA DÓNDE VA LA IGLESIA?

VICENTE BORRAGÁN MATA, OP



La pregunta que da título a este Pliego es la que encabeza también el último capítulo del libro *La Iglesia que yo amo* (Ciudad Nueva), que el autor extracta en estas páginas. Todo un conjunto de interrogantes en torno a la Iglesia que sugieren la necesidad de un “cambio radical” en sus hábitos, de un “nuevo Pentecostés”. La obra, aparecida meses atrás, da cuenta de las luces y sombras de la institución a lo largo de su historia: su fundación, sus primeros pasos, su organización, sus modelos, sus imágenes... Hasta alcanzar, al fin, el tema que aquí nos ocupa: su futuro. Un destino que pasa por responder, humilde y honestamente, a las cuestiones planteadas, como inevitable paso para cumplir la misión que le ha sido confiada en medio del mundo.



La Iglesia que yo amo

INTRODUCCIÓN

La palabra *Iglesia* es una de las más comunes de nuestro vocabulario. Pero, ¿qué resonancias produce en nosotros cuando oímos hablar de ella? Seguramente, una mezcla de sentimientos contradictorios. Porque la Iglesia es, en efecto, una realidad con dos caras bien distintas: una visible y otra invisible. Por una parte, es una sociedad humana con su jerarquía, sus instituciones y sus leyes, pero, al mismo tiempo, es la comunidad de los que creen en **Jesús** como Señor y como Salvador. En ella se mezcla lo divino y lo humano, la eternidad y el tiempo. Por eso, no puede ser comprendida sólo desde la sociología ni desde la historia, porque su realidad más íntima se resiste a todos los análisis de la razón. Pero, cuando la gente habla de ella, casi siempre se refiere a la jerarquía, es decir, al Papa, a los obispos y a los sacerdotes. Y ésa es la Iglesia que suscita tantos interrogantes, por una parte, y tantos rechazos, por otra. Los Santos Padres dijeron que la Iglesia tiene su belleza empañada y que sólo será pura y bella al final. Su rostro tiene muchos ángulos oscuros, pero nunca ha cesado de proclamar que Jesús ha vencido a la muerte y ha llenado de esperanza el corazón de esta caravana humana. Ésta es la Iglesia que tenemos, a la que queremos mirar a los ojos y preguntarla: ¿quién eres tú? ¿Para qué existes? ¿Hacia dónde vas?

I. UNA MIRADA CRÍTICA SOBRE LA IGLESIA

A juzgar por los ataques que proceden desde todos los ángulos, se diría que a la Iglesia le ha llegado su hora. Lo mejor que podría hacer sería retirarse y desaparecer. Pero, ¿sería ésa la solución? ¿Quién podría aportar entonces una palabra de esperanza? No, la Iglesia no puede retirarse a sus

cuarteles de invierno, sino que tiene que hacerse presente en el mundo para que todos sepan lo que ha pasado en nuestra tierra. Tiene una misión que cumplir, y no conocerá el reposo hasta que la haya realizado.

Pero las críticas y los interrogantes surgen por doquier: ¿es la Iglesia tal como la quiso Jesús? ¿Es fiel a su mensaje? ¿Cómo la ven, cómo la sienten y cómo la perciben los hombres? ¿No está enredada en miles de problemas que no tienen nada que ver con lo esencial de su misión? La realidad es que la Iglesia es una institución bastante devaluada en nuestros días. Todas lo están, pero la Iglesia no presenta un rostro demasiado atractivo para mucha gente. Sólo se la ve como una sociedad como las demás, con su aparato exterior, su jerarquía y sus intereses, su prestigio y su dinero. Los excesos han sido demasiado numerosos como para poder ocultarlos. Muchos se han cebado contra ella de la manera más despiadada.

Pero si se puede hacer una crítica hostil desde fuera, también desde dentro podemos hacer una crítica *amorosa* y sincera, que le ayude a romper con sus viejos hábitos y costumbres. Porque, cuando nos acercamos a su historia

pasada y presente, hay muchas cosas que no nos gustan demasiado. Y sería bueno que la Iglesia eliminara ese lastre que la hace pesada en su marcha hacia la tierra de la promesa.

La Iglesia debería revisar y corregir, entre otras cosas, su estilo y su manera de hablar. Deberíamos encontrar y utilizar un lenguaje mucho más sencillo para dirigirnos al Papa, a los cardenales y a los obispos. Los títulos honoríficos con los que son designados no son los más adecuados para hablar de los seguidores y representantes de Alguien que nació en un pesebre y murió como un vulgar esclavo en una cruz. La jerarquía debería volver a la sencillez de los primeros tiempos y hacerse humilde y cercana. Afortunadamente, los últimos papas ya han dado algunos pasos en ese sentido. Cuando fue elegido **Juan XXIII**, *L'Osservatore Romano*, fiel a su estilo de siempre, redactó estas palabras: "Hemos podido escuchar de los augustos labios de Su Santidad...". El Papa hizo llamar al redactor y le dijo: "Déjese usted de tonterías y escriba: 'El Papa dijo'". Por otra parte, ¿qué edificante ha sido la actitud de **Juan Pablo II** poniéndose de rodillas para pedir perdón al mundo por los escándalos que la Iglesia ha protagonizado!



Pero la crítica contra la Iglesia no sólo procede desde el exterior, sino también de tantos fieles cristianos que se sienten a disgusto en su mismo seno. ¿Qué buscan y no encuentran en ella? Es cierto que, en diversas encuestas que se han hecho, algunos han respondido que la relación es *satisfactoria*, pero son mayoría los que se sienten *decepcionados*, o *del todo alejados*, o en *desacuerdo con ella*; algunos *levantan los hombros*, otros *pasan de ella*, otros *comienzan a combatirla*. Es verdad que nunca habíamos tenido una Iglesia tan dialogante, pero la realidad es que no acaba de llegar al mundo entero. Los hombres siguen su camino bastante indiferentes a todo lo que se dice o se hace en ella. Pero, a pesar de su pobreza, Jesús se ofrece como pan y como vino, perdona nuestros pecados y nos envuelve en un manto de amor y de gracia.

II. LOS DESAFÍOS EXTERNOS DE LA IGLESIA

El mundo camina a una velocidad impresionante. En pocos años se han producido profundas transformaciones culturales y sociales, políticas y económicas. La Iglesia se siente desafiada por muchos problemas, unos que proceden del *exterior*, otros que tienen relación con su vida más íntima.

La pobreza y la injusticia

La Iglesia, en efecto, no puede permanecer indiferente al desafío que le llega desde el mundo de la pobreza y de la marginación, de la injusticia y de la explotación. Que las 225 personas más ricas acaparen el 47% de la riqueza del mundo, mientras que unos dos mil millones de hombres y mujeres carezcan de lo necesario para la vida, como pan y agua, sanidad y escolaridad, es un hecho que clama al cielo. Cada habitante de los países ricos posee una riqueza casi 19 veces superior a la de los habitantes de los países pobres. De muchos millones de hombres ya no se puede decir que “sean un poco inferior a los ángeles”, sino que apenas “son un poco superior a las bestias”. Por eso, la *práctica de la justicia* debería

ser el signo por excelencia que la hiciera creíble a los ojos de todo el mundo. Jamás podrá resignarse ante la injusticia y ante la violación sistemática de los derechos de los pobres, ni ante el hambre de millones de seres humanos. No podemos admitir que esta tierra se convierta en una jungla donde “el hombre sea un lobo para el hombre”, ni donde la ley del más fuerte sea la mejor, si no la única.

La Iglesia ya no puede conformarse con grandes documentos, por más solemnes que sean, sino que tiene que aportar *signos visibles* de la presencia de la Buena Noticia que lleva en su seno. Si sólo evangelizara con su palabra, en poco tiempo podría quedar

reducida a una figura decorativa: o pone *gestos* de solidaridad con los pobres y desheredados de este mundo o se quedará en una sociedad elitista donde los que sufren no tendrán nunca cabida. La Iglesia, que ha nacido de un Crucificado, debe estar cerca de todos los *crucificados* de la tierra. Porque, si no podemos mostrar en nuestros gestos algunos de los signos de la llegada del Reino, ¿cómo hablar de él y hacerlo desear?

La increencia y la falta de sentido de la vida

La *increencia* es otro de los grandes desafíos de la Iglesia. Es un fenómeno nuevo y creciente, típico del mundo



occidental, que prescinde, niega o suprime a Dios. Hasta hace pocos años, era un fenómeno excepcional, pero ahora lo que comienza a parecer extraño es ser creyente. La *increencia* aparece larvada bajo la forma de una *indiferencia* general, que se manifiesta, más que en una oposición abierta contra la Iglesia, en un *pasar* de todo. Pero, acaso más grave todavía, es el desafío por la *falta de sentido de la vida*. Para millones de hombres ésa es la cuestión fundamental: ¿vale la pena vivir? ¿De dónde venimos y a dónde vamos? ¿Hay algo más allá de la muerte? “La vida no tiene sentido, no hay que buscarle un por qué ni un para qué. No hay nada. Cuando se acabe, se acabó”. Pero estamos llegando a un punto en el que muchos hombres ya ni se preguntan por ello. La ciencia y la técnica no son capaces de resolver los problemas más profundos del hombre. Pero, ¿será la Iglesia capaz de contagiar a todos su esperanza?

La evangelización

Por eso, la *evangelización* es el gran reto de nuestros días y de todos los tiempos. En la actualidad somos unos 6.070 millones de hombres y mujeres. Pues bien, dos terceras partes de la humanidad, es decir, más de 4.000 millones no conocen a Jesús ni saben nada de él. La Iglesia tiene que tomar decididamente un compromiso evangelizador, porque procede de una misión y vive para una misión. No debería conocer ni un momento de reposo en su tarea de proclamar al Señor que ha derrotado a la muerte y nos ha abierto de par en par las puertas de una vida sin fin. Tiene que salir por todos los caminos para anunciar, con un respeto profundo, pero con entera libertad, la Buena Noticia que lleva en su seno y que jamás podrá ocultar. La misión no la ha cogido desprevenida y por sorpresa, sino que es algo que fluye y refluye de su mismo ser. La parte de Dios ya está realizada. Ahora, es ella la que debe distribuir ese tesoro infinito para que todos puedan vivir y morir llenos de esperanza. La Iglesia no habla ni de éxito ni de placer, sino de amor y de gracia, de salvación y de vida eterna para todos. Por eso, esa noticia no puede ser silenciada.

El desafío del ecumenismo

Otro de los grandes desafíos de la Iglesia es el *ecumenismo*. El cristianismo está roto en mil pedazos. Pero la Iglesia es una y no puede ser más que una. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre, un solo pan partido para todos. Por eso, tiene que hacer lo posible y lo imposible por llegar a la reconciliación entre todas las confesiones cristianas. Juan Pablo II ya afirmó que el “ecumenismo no sólo es pastoral prioritaria para la Iglesia”, sino “un camino irreversible.” Se ha dicho que desde el Concilio para acá está decayendo el diálogo ecuménico, pero no es verdad. La Iglesia no se ha resignado a la división como si no pasara nada. Pero hay que seguir dando pasos adelante y no permitir, por nada del mundo, que todo eso se enfríe y que cada uno se quede tranquilamente en el lugar donde está.

III. LOS DESAFÍOS INTERNOS DE LA IGLESIA

Pero la Iglesia tiene que hacer frente a una serie de desafíos en su propio seno. Porque desde la clausura del Concilio Vaticano II, en el año 1965, han surgido muchos problemas e inquietudes. El cardenal **Ratzinger**, el Papa actual,



afirmó, en su *Informe sobre la Fe*, que los veinte años posconciliares habían sido un tiempo de desilusión y desorden, de crisis y decadencia. La Iglesia, es verdad, lo ha revisado casi todo, pero todavía le queda un largo camino por recorrer.

Algunos problemas son de índole general, como la evangelización de sus propios fieles, pero otros son mucho más concretos: la elección del papa y su carácter vitalicio, la elección de los obispos, la colegialidad, la reestructuración de la Curia romana, el estilo y el contenido de la predicación y de la catequesis, la celebración de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y de la Penitencia, las vocaciones sacerdotales, la formación de los sacerdotes y del pueblo cristiano, la reestructuración de las parroquias, la vida de la familia...

Y, como cuestiones más delicadas, el celibato de los sacerdotes, la ordenación de hombres casados, el sacerdocio de la mujer, su presencia y actividad en la Iglesia, la pastoral con los divorciados, la recuperación de los privilegios del pueblo de Dios, y los nuevos problemas planteados por la bioética, como la clonación de seres humanos, etc. Todas esas cuestiones afectan a su vida íntima y deberían ser tratadas con delicadeza, pero con la mayor naturalidad. Pero tratar de exponer todos esos problemas nos llevaría demasiado lejos. Sólo voy a hacer una breve reflexión en torno a algunos de ellos.

La evangelización del pueblo cristiano

Ése es, a mi juicio, el principal desafío que la Iglesia tiene, comparado con el cual todos los demás son de segunda importancia, si se me permite hablar así.

Los fieles cristianos han vivido y viven como el resto de los hombres, alejados inmensamente de Dios. El cristianismo presenta un aspecto sombrío. De los 2.000 millones de cristianos (católicos, ortodoxos y protestantes), la mayoría viven fuera de la Iglesia. Según las estadísticas, de los 1.070 millones de católicos que hay en el mundo, sólo cumplen el precepto dominical entre un 15 y un 20%, lo que significa que más de un 80% viven al margen de ella.



La Iglesia, en efecto, ha bautizado a millones de personas, pero la mayoría no han llegado a un encuentro personal con Jesús como Señor y como Salvador, porque no han sido evangelizadas. La catequesis que recibieron no ha resistido el acoso de la vida de cada día. “En las filas del cristianismo, se ha dicho, hay muchos bautizados, pero pocos convertidos”.

La evangelización es necesaria y urgente: para los de fuera y para los de dentro, para los alejados y los cercanos, para los catequizados pero no evangelizados, para los que son pero no están, para los que están pero no son. La pastoral de *mantenimiento* destinada a los fieles practicantes no ha sido eficaz. La mayoría han desertado de la Iglesia apenas han tenido oportunidad de respirar un cierto aire de libertad. Por eso, la Iglesia tiene que

dar el salto decisivo de “una pastoral de mantenimiento a una pastoral misionera”, y poner el centro de todas sus preocupaciones en la proclamación del Evangelio. No debería soportar esos “vastos desiertos” de paganismo que lleva en su seno. De hecho, el papa Juan Pablo II hizo de la evangelización, de la *nueva evangelización* como la llamó él, el programa pastoral de su pontificado. Esa evangelización debería ser hecha como si se tratara del primer anuncio, como si tuviéramos que partir de cero, y debería ser hecha por hombres que hayan metido sus dedos en las llagas del costado de Jesús y hayan sido bautizados en su Espíritu, es decir, como si acabaran de salir del cenáculo. De lo contrario, volveríamos a caer en el anuncio de una serie de ideas, que no cambiarían en absoluto el corazón de los hombres.

La elección del papa y su carácter vitalicio

El carácter vitalicio del papa no es un gran desafío para la Iglesia, pero es una cuestión que se plantean en la actualidad muchos teólogos e incluso la gente más sencilla. ¿Es necesario que el papa sea la cabeza de la Iglesia hasta el momento de su muerte? ¿No podría dimitir cuando llegara a una cierta edad? ¿Es bueno que esté al frente de la Iglesia un papa que sea demasiado mayor, sin energías o enfermo, incapacitado prácticamente para llevar esta “esta nave de **Pedro**”? ¿Hay alguna razón para mantener esa praxis que existe en la Iglesia? Seguramente, nadie podrá aportar un solo argumento de peso que pueda justificarla.

La elección del papa, por otra parte, debería ser hecha de un modo mucho más participativo. ¿Cómo se hizo en los primeros días del cristianismo? No lo sabemos. Pero durante algunos siglos fue elegido por el *clero* y el *pueblo* de Roma. Sólo a partir del III Concilio de Letrán (1179), su elección quedó reservada a los *cardenales*, un colegio que ya no representaba al clero ni al pueblo de Roma, sino que era como la corte personal del papa. Así ha sido hasta nuestros días. Pero el Colegio cardenalicio no es, en modo alguno, suficientemente representativo de una Iglesia extendida por todo el mundo, con unos 1.100 millones de fieles. La elección debería ser hecha, como ya se ha propuesto en numerosas ocasiones, por todos los obispos o, al menos, por una representación muy amplia de ellos y de un gran consejo de fieles cristianos de todos los países. Así, la Iglesia entera



participaría, de alguna manera, en la elección de su cabeza visible. ¿Por qué no recuperar la práctica de los orígenes?

La elección de los obispos y el ejercicio de la colegialidad

El ejercicio de la *colegialidad* de los obispos y su *elección* plantean un nuevo desafío a la Iglesia de nuestros días. La Iglesia, en efecto, ha estado gobernada durante muchos siglos por el papa con la Curia romana. Los obispos desaparecieron prácticamente ante la figura omnipotente del papa. Pero el Concilio Vaticano II ha vuelto a poner en su lugar a los obispos y a las Iglesias locales. Hoy ya no se puede concebir a las Iglesias como una *sucursal* de la *gran Iglesia de Roma*, ni a los obispos como meros *vicarios* del papa. El colegio episcopal no es un “un simple consejo de la corona”, sino un verdadero cuerpo para dirigirla. El Concilio Vaticano II expresó su deseo de que la Iglesia fuera gobernada de una manera *colegial*, es decir, por el papa con los obispos, y no sólo por el papa con la Curia. El cardenal **Alfrink** propuso que hubiera una especie de *Sínodo permanente*, compuesto por el papa y por un grupo de obispos, representantes de toda la Iglesia, que sería su verdadero órgano de gobierno, y a cuyo servicio debería estar la Curia romana.

La *elección de los obispos* debería ser también mucho más representativa. Es evidente que en la actualidad no puede hacerse de la misma manera que en los primeros siglos, pero el espíritu debería ser el mismo: que los sacerdotes y el pueblo fiel participen en su elección. Ya san **Ignacio**, a principios del siglo II, afirmó que los obispos no fueran elegidos sin el consentimiento del pueblo, ya que “el que ha de presidir a todos debe ser elegido por todos”, y “lo que afecta a todos ha de ser decidido por todos”. No debería procederse a ninguna elección sin antes consultar al consejo presbiteral y al consejo pastoral de la diócesis y a una amplia representación de fieles, para que la comunidad cristiana entera se sienta comprometida en la designación de todos aquellos que deben animarla y orientarla. Los fieles no deberían quedar jamás al margen de la Iglesia como si no contaran nada en ella. ¿Qué dirían, por

ejemplo san **Hipólito**, san **Cipriano** y las comunidades cristianas de los primeros siglos si pudieran levantar la cabeza? ¿Cómo verían esta Iglesia en la que nosotros hemos crecido? ¿Qué dirían a nuestros pastores?

La reestructuración de la Curia romana

Otro de los desafíos de la Iglesia de nuestros días es el de proceder a una *reestructuración de la Curia romana*, es decir, a descentralizarla y a suprimir una buena parte de todo ese aparato burocrático que la envuelve y que la hace tan *odiosa* a los ojos de muchos. Es verdad que en ella han gastado sus energías miles de hombres honestos y sinceros, pero también es verdad que en ella se han tomado casi todas las decisiones que han afectado a la vida de la Iglesia, pero “no siempre de acuerdo con el más puro espíritu evangélico”. La Curia no puede ser un organismo todopoderoso, sino



un instrumento al servicio del pueblo de Dios. Una Iglesia peregrina no debería caminar con una carga tan pesada a sus espaldas. Tiene que marchar ligera de equipaje para poder anunciar a Aquél que ha vencido a la muerte y ha llenado de esperanza la peregrinación de los hombres.

La presencia y la actividad de la mujer en la Iglesia

Algunos de los desafíos que la Iglesia tiene planteados en nuestros días son delicados, pero no pueden ser pasados por alto. Me refiero, en concreto, al de la *presencia* y la *actividad de la mujer* en ella. Hasta hace poco tiempo, nadie se había planteado ese problema, “pero una de las grandes conquistas de nuestros días ha sido la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer”. Por eso, su discriminación comienza a sentirse “como algo que suscita el rechazo de la mayoría”. Algunos teólogos católicos han planteado una serie de interrogantes a la Iglesia: ¿hay alguna razón escriturística o teológica por la que pueda negarse la ordenación a las mujeres? ¿Está madura la cuestión como para poder tomar una decisión al respecto? ¿Cuál sería la voluntad de Jesús?

Pero la intervención de Juan Pablo II parece haber zanjado definitivamente la cuestión: “Con el fin de quitar toda duda sobre una cuestión de gran importancia (*magni momenti*) que atañe a la misma divina constitución de la Iglesia, en virtud de mi ministerio de confirmar en la fe a los hermanos (Lc 22, 32), declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia” (**JUAN PABLO II, Carta apostólica sobre la ordenación sacerdotal reservada sólo a los hombres**, n. 4: *Ecclesia*, 2.688, 11 de junio de 1994, p. 889). Sin embargo, todos los teólogos están de acuerdo en afirmar “que la exclusión del sacerdocio está muy lejos de poder justificar la discriminación que la mujer padece en la Iglesia”. Su ausencia en los organismos eclesiales internacionales y diocesanos es casi total. En varios Sínodos de obispos se ha hablado sobre su situación y se



ha insistido en que su dignidad no es suficientemente reconocida y se ha pedido que pueda llegar a los puestos supremos de asesoramiento papal y de responsabilidad en la Curia. No sería bueno que dejáramos de escuchar esas voces y que sus propuestas puedan ser estudiadas con serenidad y en profundidad.

El problema de la familia

Otro de los grandes desafíos de la Iglesia hacia el interior es la *familia*. Todos podemos ver que hay muchas familias desechas en nuestros días. Y uno de los asuntos más graves es la situación de los esposos divorciados que han vuelto a casarse, cuyo número es ya muy grande en nuestros días y que irá en aumento en los próximos años. ¿Será capaz la Iglesia de hacer una pastoral adecuada para ellos? ¿Tendrán que vivir su vida entera, sobre todo si son jóvenes, sin que puedan celebrar los sacramentos de la Eucaristía y del Perdón? ¿Podrá dar la Iglesia alguna solución a ese problema?

Por ahí podríamos continuar, contemplando tantos interrogantes como se plantean a la Iglesia. Pero siempre tendremos la seguridad de que, en la medida que resolvamos unos, surgirán otros nuevos.

¿Qué pensaría un cristiano de los primeros siglos si le fuera dado contemplar a la Iglesia de nuestros días? ¿Cómo vería a los cristianos de hoy? ¿Reconocería en ellos el rostro del Resucitado? Seguramente contemplaría, lleno de asombro, el exceso de juridicismo que ha invadido

al cristianismo y que le ha hecho perder su frescura original. Pero, después de dos mil años de existencia, la Iglesia ya tiene una buena perspectiva para contemplar su historia en profundidad, acercarse a ella sin miedo, admitir sus errores y recuperar el rostro con el que nació y se presentó en público el día de Pentecostés.

IV. ¿CÓMO SERÁ LA IGLESIA DEL FUTURO?

¿Cómo verá Jesús a su Iglesia ahora desde el cielo? ¿Cómo le gustaría que fuera? ¿La reconocería en la Iglesia actual? ¿Se sentiría a gusto en ella? ¿Qué quitaría, qué añadiría o qué cambiaría? Pero, ¿qué se puede aventurar? La Iglesia no es un sistema, sino un ser vivo. Por eso, apenas podemos imaginar cómo se irá desarrollando, pero seguramente los próximos años y los próximos siglos nos traerán muchas sorpresas. ¿Cómo será su jerarquía? ¿Cómo serán sus sacerdotes? ¿Cómo



funcionarán las parroquias? ¿Cómo se celebrarán los sacramentos? ¿Qué será de la mayoría de las antiguas órdenes religiosas y de las congregaciones más modernas? ¿Cómo será la Vida Religiosa? ¿Cómo reaccionarán los hombres al anuncio del Evangelio? ¿Cuál será el grado de participación de los fieles laicos en la Iglesia? ¿Iremos hacia una Iglesia más carismática que institucional? ¿Veremos, por fin, una Iglesia unida?

Lo único que no podrá cambiar en la Iglesia es el hecho de que ella es el sacramento universal de la salvación, el hogar de la Palabra y de los sacramentos, la asamblea de todos aquellos que creen en Jesús como Señor y como Salvador, el reino del amor y de la gracia, del perdón y de la vida. Por eso, tendrá que desprenderse de todas las costumbres y ritos, prácticas y devociones que no lleven a Jesús. Por el contrario, tendrá que volcarse en el anuncio del Evangelio. Y tendrá que ir aceptando que es preferible estar compuesta por un puñado de millones de hombres creyentes de verdad, antes que por muchos millones que ni viven, ni creen, ni esperan en el Señor. Porque, seguramente, el proceso de *descristianización*, si es que se puede hablar así, no ha llegado todavía a su fin. La Iglesia tendrá que aprender a vivir en minoría, a organizar de una nueva forma las parroquias, a fomentar las comunidades cristianas, a favorecer los movimientos y las nuevas realidades que han surgido en su seno y a buscar nuevos modos de presencia en el mundo. El Espíritu que la anima la dará amor y valor para vivir en un mundo profano.

La Iglesia del futuro deberá ponerse incondicionalmente al servicio del mundo, salir al encuentro de todos los hombres y aprender a levantar su voz cuando los poderosos opriman a los débiles, cuando se pisotee su libertad y su conciencia, cuando se haga distinción entre ellos por razón de su sexo, raza, color o condición social. La Iglesia deberá estar presente en las organizaciones en las que se luche por los derechos humanos, por la paz y la concordia, sin atrincherarse en sus iglesias, ni refugiarse en un pasado que nunca volverá. El Señor la ha elegido

para que sea testigo de su gracia y de su perdón, de su amor y de su vida. No tenemos ni oro ni plata, pero tenemos a Jesús, el perdón y la esperanza, el amor y la vida sin fin.

V. ÉSTA ES LA IGLESIA QUE AMO

La Iglesia se siente interrogada, pero no tiene miedo. Entre luces y sombras sigue su marcha. A pesar de algunas de sus carencias, el Concilio Vaticano II ha marcado el comienzo de una nueva época. La Iglesia ha reconocido sus pecados y ha pedido perdón públicamente por ellos. Se respira un nuevo aire, se siente como resucitada y con poder para anunciar al Resucitado. En ella, el hombre puede encontrar lo que ni las máquinas ni la técnica más depurada pueden ofrecerle: la respuesta a todos sus interrogantes y preocupaciones. La vida no termina aquí, a dos metros debajo de la tierra. Hay esperanza para todos. Por eso, la Iglesia tiene que seguir mirando de frente a todos los problemas de los hombres: la paz y la guerra, el amor y el odio, las desigualdades y las injusticias, el hambre y la sed, el dominio de los débiles por los poderosos y de los violentos sobre los pacíficos. La Iglesia no tiene respuesta para los problemas políticos y económicos del mundo, pero sí la tiene para los interrogantes más profundos del hombre. Lo terrible sería que la Iglesia no tuviera ya nada que decir.

Pero la Iglesia jamás olvidará que lo permanente y lo diferencial en ella no es ni una idea ni un principio, sino una persona: Jesús. Él es el que da sentido a todo. La Iglesia no es un grupo de personas piadosas y honradas, sino la comunidad de los que creen en Jesús, esperan en él, le aman y le aceptan como su Señor y como su Salvador. Gracias a ella, nos llega el pan de la palabra y del perdón; gracias a ella, el Evangelio sigue resonando en el mundo entero, disipando todas las tinieblas e impidiendo que el mundo caiga en una noche sin fin; gracias a ella, sabemos que "la vida no es un cuento narrado por un idiota", sino que hay esperanza, porque en medio de nosotros está Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida de todas las vidas. Por eso, *cebarse* en

sus fallos no es demasiado positivo. No podemos perder tantas energías en la denuncia y gastar tan pocas en la proclamación del Reino. Jesús no acudió a una legión de ángeles para instaurar su Reino en la tierra ni nos dejó en herencia las mejores armas de ataque, sino una palabra llena de debilidad; no dejó su Iglesia en manos de los hombres más brillantes, sino de un puñado de pescadores. Nació en un pesebre y murió en una cruz. Eso nos da una idea del estilo que vino a instaurar entre nosotros. Por eso, no tenemos que escandalizarnos de nada. Sabemos lo que es el hombre y lo que da de sí. La Iglesia está compuesta por hombres, brillantes en algunos casos, muy pobres en la mayoría. Pero sigue tirando a voleo una palabra de esperanza. Los errores de la jerarquía y los de cada uno de nosotros no pueden hacernos olvidar que lo único esencial en la Iglesia es Jesús. Por eso, la Iglesia de nuestros días necesita de un *nuevo Pentecostés*, de una efusión desbordante e incontenible del Espíritu que vivifique y renueve nuestras vidas, nuestras parroquias, nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestras congregaciones religiosas,

nuestros conventos y monasterios, nuestros sacerdotes, nuestra jerarquía; una efusión impetuosa que suscite profetas y doctores, testigos y anunciadores, dones y carismas... La Iglesia debe respirar, por los siglos de los siglos, el fuego de Pentecostés. Porque sin la presencia del Espíritu languidece y muere sin remedio. Sobre los escombros de este viejo mundo tiene que renacer una nueva vida. Sólo si Él se hace presente, nuestras comunidades recuperarán el coraje y la fuerza de las primeras comunidades cristianas, y el mundo entero sabrá que Jesús está vivo y que hay esperanza para nosotros, los hombres.

CONCLUSIÓN

Ésta es la Iglesia que yo amo, en la que he nacido, en la que vivo y en la que espero morir. Tal vez me gustaría verla resplandeciente como una reina, pero la quiero tal como es: cubierta de andrajos, pero plena de esperanza; cargada de años, pero llena de vigor; virgen y prostituta; rebosante de gracia, pero lacrada por el pecado de sus hijos; débil hasta la desesperación, pero con

un brillo en su mirada que atraviesa los siglos; atraída por todas las cosas de este mudo, pero sin poder olvidar al Resucitado que lleva en sus entrañas. ¡Un puro milagro de la gracia! Como amé a mi madre cuando era ya mayor, así quiero yo a mi Iglesia. No quiero sólo una Iglesia de santos, sino que la quiero como es, una y desgarrada, santa y pecadora, donde todos podamos encontrar el perdón y la gracia. Todos mis desasosiegos se desvanecen ante ese cúmulo de gracias que me llegan a través de esta madre venerable que, a pesar de los pesares, ha rasgado todas las tinieblas del mundo con el anuncio del Señor resucitado. Pero la verdad es que, a veces, sueño con un "cambio radical" en ella.





MÁSTER DE PASTORAL JUVENIL Y CATEQUÉTICA

semi-presencial
curso 2010-2011

DURACIÓN:

Dos cursos académicos, cada uno con 9 sesiones presenciales y unas 15 sesiones on-line y 75 de investigación (500 horas en total). Sesiones: un sábado al mes, de 9:30h a 14:00h y de 16,00 h a 21.00 h, de octubre a junio, en la Sede del CEC. Al final del bienio debe presentarse un trabajo de investigación

TITULACIÓN:

Es requisito poseer un **título universitario**. Los licenciados o doctores obtendrán el título de "Máster en Pastoral Juvenil y Catequética"; los diplomados, el de "Experto en Pastoral Juvenil y Catequética". *Títulos Propios del Centro de Estudios Teológicos de Sevilla.*

CLAUSTRO:

Emilio Alberich, Javier Elzo, Juan González-Anleo, Luis Gallo, Jesús Sastre, Secundino Movilla, Tone Presern, Luis Rosón, Víctor Cortizo,... hasta 37 profesores, expertos en sus materias.

El Centro de Estudios Teológicos de Sevilla (Centro Agregado a la Facultad de Teología de Granada) y el Centro de Estudios Catequéticos (Salesianos de Sevilla) ofrecen este Programa, ya en su octavo año, como reflexión cualificada en torno a la problemática juvenil y a las respuestas que desde la pastoral con jóvenes se están dando en los diferentes contextos eclesiales.

PRECIO
1.200 euros
por cada uno
de los cursos
académicos

MÁS INFORMACIÓN EN:

centro de estudios
catequéticos

Máster de Pastoral Juvenil
C/ Salesianos, 1B. 41008 Sevilla (España)
centro-estudios-catequeticos@salesianos-sevilla.com
Tfno.: 955031696 * Fax: 954426665

Como oferta compatible con el Máster, el Centro de Estudios Teológicos, dentro del **Segundo Ciclo** de su plan de estudios, ofrece la **LICENCIATURA EN TEOLOGÍA PASTORAL** que consta de 75 créditos, más la tesina, a cursar en cuatro semestres, en horario de mañana, de lunes a viernes.

centro de estudios teológicos (cet)

c/ Cardenal Bueno Monreal, 43. 41013 SEVILLA
www.cetsevilla.com
cetsevilla@terra.es
Tfno: 954 231 313
Fax: 954 231 122

